

Año: XXIX, 1988 No. 669

N. D. El autor de este artículo es Profesor de Economía Política y Política Pública de la Universidad Carnegie Mellou e Pittsburgh. Originalmente publicado en el diario Los Ángeles Times, fue tomado del boletín Pathfinder, que publica mensualmente el Centro para la Educación y la Investigación en la Libre Empresa, de la Universidad Texas A & M.

Traducción de Juan F Bendfeldt.

Es el Sistema

Por Allan H. Meltzer

¿Puede cambiar la Unión Soviética? Claro que sí. Pero, esta respuesta que está siendo ampliamente debatida por los expertos en la economía soviética no nos dice nada. Realmente es una respuesta fácil a una pregunta equivocada.

La historia rusa está repleta de este tipo de respuestas fáciles a preguntas ingenuas. Hace más de 100 años que Alexander Herzen se preguntó sobre la situación rusa: ¿Quién tiene la culpa? Esta interrogante se viene repitiendo sin cesar; solamente la respuesta ha venido cambiando. A través de los años se ha culpado a los capitalistas, especuladores, hacendados, imperialistas, trotskistas. Estalinistas, la burocracia, y a muchos otros.

Al inicio del siglo, V. I. Lenin cambió la interrogante de Herzen a: ¿Qué se debe hacer? Su respuesta rechazó el cambio pacífico promovido a través de la sindicalización para dar inicio a la revolución violenta.

La revolución sola no es la respuesta. ¿Qué hacer después de la revolución? Lenin escogió la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción para implantar al estado como único dueño. Setenta años después, Mikhail Gorbachev finalmente descubrió lo que hacía mucho tiempo habían descubierto los campesinos soviéticos: que el sistema económico soviético funciona muy mal.

¿Qué tan mal? La verdad es que los expertos saben muy poco sobre lo que ocurre, o ha ocurrido, en la economía soviética. La razón es que ni siquiera los mismos soviéticos saben lo que pasa con certeza. Un dramático ejemplo son las diversas estimaciones sobre su ingreso per cápita.

La CIA. ubica el ingreso promedio actual de los soviéticos en los \$ 8,300 por año. Sin embargo, un grupo de expertos occidentales considera que la cifra correcta oscila alrededor de los \$ 3,000. La brecha entre estas dos estimaciones es enorme. Equivale a comparar el ingreso de un obrero promedio de los Estados Unidos en el año de la Gran Depresión, 1933, con lo que ganó en el próspero año de 1971.

Tampoco los soviéticos tienen mejor información. De acuerdo con sus estadísticas oficiales, la tasa anual de crecimiento cayó de 6% a 2% entre los años sesenta y los ochenta. Pero, Abel Aganbegyan, el principal asesor económico de Gorbachev, recientemente ha asegurado que estas cifras son un mito y un error. La verdad, según

él, es que el crecimiento anual nunca superó el 5% en esos años, y la caída fue hasta una tasa de cero.

Si la tasa de crecimiento de la población soviética es de 1%, y si las cifras de Aganbegyan están correctas, la verdad es que el ingreso per cápita ha venido bajando en los últimos ocho años. Los cálculos oficiales confirman esta tendencia, y algunos reportes llegan a sugerir que, de no ser por el incremento de las ventas de vodka, y los más altos precios del petróleo durante los setentas, la economía soviética se habría virtualmente estancado durante los últimos veinte años.

La confusión y falta de certeza sobre el tamaño y el crecimiento económico ruso no es accidente. Simplemente refleja la existencia de graves problemas fundamentales. Para estimar el producto total, o el ingreso de la población, los economistas y contadores deben utilizar algún medio para sumar el valor de todos los miles de distintos bienes y servicios que se producen durante el año.

El método usual que se utiliza es utilizar los precios como si fueran unidades de peso o medida. Un producto que tiene el doble precio que otro, cuenta como si fuera el doble de producto. Pero en la Unión Soviética, los precios no tienen ninguna relación a su valor. Alrededor de unos 500,000 precios son fijados por la burocracia de Moscú. Muchos de esos precios no tienen ninguna relación con el precio de los mismos productos en Occidente, o en el mercado mundial, o ni siquiera con sus costos de producción; menos aún con la importancia relativa que a esos productos le asignan los consumidores soviéticos. Sin los precios como unidades de medida, todos los cálculos sobre la producción soviética carecen de sentido.

Esa es una de las razones por las que los expertos pueden llegar a conclusiones tan distintas utilizando los mismos datos. Si a la arbitrariedad de la información de los precios se le suman otros factores como problemas de calidad, desperdicio, sobreestimación o pura alteración de cifras, es fácil ver por qué se ponen en duda los datos sobre la producción.

Tal vez no podamos medir la producción total, pero si podemos comparar algunos productos específicos. Aganbegyan estima que en 1986 había 47 automóviles y 90 teléfonos por cada mil habitantes. Las cifras en los Estados Unidos eran 580 autos y 790 teléfonos. Aunque los soviéticos tuvieran más de las mismas cosas, ello no significa que sean más productivos o que estén mejor.

Por ejemplo, los soviéticos aseguran que tienen cuatro veces más tractores que los que hay en los Estados Unidos. No obstante, tan sólo producen un 15% más en la agricultura.

Durante el verano, cualquier visitante a cualquiera de las ciudades más importantes de Rusia no encontrará la abundante variedad y riqueza de fruta fresca que se encuentra en cualquier supermercado de los Estados Unidos.

No hay duda de que sus abastos no son buenos. Esto ha sido ya reconocido a los más altos niveles y está gestando algunas reformas.

Los expertos hoy día especulan sobre las respuestas a preguntas como: ¿Prevalecerá Gorbachev sobre su supuesto rival, el miembro del Politburó Yegor K. Ligachev? ¿Impedirá la burocracia que Gorbachev logre su plan de reformas? ¿Durará lo suficiente en el poder como para poder reformar la economía soviética?

Las personas pueden lograr cambios. Reorganizando los ministerios, despidiendo a los funcionarios menores, cambiando algunos de los precios y exhortando a todos a hacer mayor esfuerzo. Gorbachev, Ligachev o quien sea pueden ser capaces de lograr mejores niveles de producción y aumentos en la calidad. Los niveles de vida podrán subir.

No obstante, esos cambios no son reformas a la economía soviética.

De nuevo los expertos han estado haciendo las preguntas equivocadas. La cuestión clave para el éxito o el fracaso de las reformas anunciadas por los soviéticos es si reconocerán y reversarán el error de Lenin permitiendo la propiedad privada de los medios de producción. Como lo ha señalado el Profesor Svetozar Pejovich, el problema en cualquier economía es la existencia de incentivos apropiados. Cambiar a los ministros, viceministros, jefes y subjeses, directores, y demás funcionarios públicos y burócratas no logra nada fundamental.

Si los incentivos para usar los recursos escasos más efectivamente. Allí saben que las pérdidas sufridas y el desperdicio tienen un costo que recae sobre ellos.

Aganbegyan, en un reciente libro, asegura que ningún cambio como éste está en la agenda de la Perestroika y del Glasnost. El capital, los recursos naturales, y el trabajo humano no responderán a las señales de los precios verdaderos y a las oportunidades. Seguirán utilizándose ineficientemente en tanto se continúe con la planificación centralizada.

Décadas de socialismo en Europa, Asia, África y América Latina han demostrado que las conjeturas de Marx, Lenin, Mao y otros eran erradas. Algunos países socialistas están mejor que otros, pero ninguno de ellos es la historia del éxito y la prosperidad. Sin embargo, algunos de los llamados expertos, y muchos de los periodistas de Occidente continúan con la esperanza de que algún «buen» país socialista hará la cosa correcta.

¿Cuándo se darán cuenta estas personas de que el fracaso es el fracaso del sistema? Tal vez esa sea la interrogante más apremiante.

«Este año se ha vendido más azúcar que lo normal, principalmente por la demanda ocasionada por compradores venidos de los pueblos del interior, en donde hay escasez. ¿La solución? Se ordenó a los expendios vender azúcar solamente temprano en las mañanas y en la noche, bajo el supuesto que a esas horas los campesinos no acudirán a comprar. Pero, el verdadero problema es la creciente producción clandestina de licor (samogón) ocasionada por las restricciones impuestas a la venta de Vodka».

IZVESTIYA, 18 de marzo de 1988.

«Un funcionario de comercio, durante una entrevista televisada el pasado trece de junio, se expresó con una crítica muy dura a las mujeres rusas. Muchas mujeres rusas ya están usando medias de nylon, cada día en mayor número, lo que hace difícil planificar la producción que el sistema requiere. El funcionario se quejaba ya que, después de todo, ¿para determinar la demanda es que se tiene un instituto!»

Soviet Analyst, 17 de junio de 1987